



Tabula rasa de los cuerpos

VALENTINA BULO

IDEA/USACH

Doctora en Filosofía

Resumen

El texto realiza una reflexión sobre la tortura realizada en Chile en los años de la Dictadura. Está escrito en primera persona tanto singular como plural, proponiendo con ello pensar la tortura como el momento del físico desgarramiento del cuerpo de Chile, de ese nosotros desarticulado. Este desgarramiento estructural estaría constituido tanto por una matriz de vaciamiento y desescripción de los cuerpos, la tabula rasa, como por una lógica del desprecio capaz de acoger dicha matriz.

Palabras clave: Tortura - cuerpo - Dictadura - nosotros.

Abstract

This text proposes a reflection about torture held in Chile in the years of the dictatorship. It is written both in the first person singular and plural, thereby proposing a way of thinking torture as the moment of the physical tear into the body of Chile, in the sense of disarticulation of us. This structural tear would be constituted, in the first place by matrix of emptying and erasing of bodies, the tabula rasa, and the second place by a logic of contempt capable of hosting such matrix.

Key words: Torture - Body - Dictatorship - Us.

Tabula rasa de los cuerpos

VALENTINA BULO

Intentar escribir respecto a los cuerpos torturados en los años de la Dictadura militar chilena me genera una enorme incomodidad. Siento la obligación de hacerlo, porque es el modo de hacerme cargo filosóficamente de esta realidad que me toca y que de algún modo me constituye, pero no sé como tocar una herida, ni tengo claro para qué.

Me incomoda el lugar de enunciación: ¿desde dónde tocar una herida? Desde una pretendida generalidad es herir aun más. No se trata aquí de “la tortura” como ha ocurrido innumerables veces a lo largo de la Historia, sino de esta singular configuración; respecto a ella mi mirada será parcial, incompleta y deberá tomar posición. Intentar saltar la parcialidad y la toma de posición aquí, especialmente, es ya un gesto que hiere.

Yo no fui torturada. Sí viví años con el miedo a serlo y sí lo fueron varios de los que me han rodeado. Esto es lo que más me incomoda, hacer Filosofía de esta realidad puede faltarles el respeto, elaborar conceptos de las heridas no me convence del todo.

Prefiero, en este sentido, hacer una reflexión menos filosófica, pero que no haga daño, que no les haga daño a ellos.

Si pensamos que un texto es una práctica, entonces la pregunta aquí es por lo que hace un texto, cómo opera en la máquina del conocimiento, para qué lado atornilla y con qué conceptos hace funcionar qué otras prácticas. La elección de las fuentes textuales es determinante en este sentido y no es neutra, podría ser neutralizante, pero es una decisión que determina una realidad. Es la decisión de la priorización de a quién prestarle oído, cuál voz es puesta en relieve y cuál validamos.

¿Con qué tono toco esta herida? No sentir su dolor es operar en la lógica del desprecio.

Un texto tiene un tono con el cual se vincula a otro tono, enganchar con un determinado dolor amorosamente no es lo mismo que hacerlo miedosamente; ambos enganches o vínculos conforman distintas realidades. Me interesa aquí intentar pensar sin enganchar una lógica del desprecio, o mejor dicho, enganchar con ese desprecio no despreciativamente, convertir ese desprecio en otra cosa, quizá ese sea el ejercicio de dejar de ser una víctima, dejar de estar en la posición de víctima. Sergio Vuskovic, en su texto testimonial filosófico sobre la tortura es capaz de experimentar incluso “la conflictualidad de la conciencia asumida ahora como (...) fundamento del amor y de la comprensión del ser humano, y aun al propio Pájaro torturador lo comienzas a observar con sentimiento de piedad (...) lo ves condenado históricamente y ya no te infunde pavor”.¹ Buscar el tono con que enganchar con el desprecio y poder convertirlo en otra cosa, poder alterar esa lógica es la cuestión.

Prestarle oído a esta experiencia y a otras, que pueden, me parece –y es lo que me interesaría hacer aquí– ser pensadas y acogidas como nuestra experiencia, pues la tortura, aunque fue vivida directamente por algunos, marca y desgarró al cuerpo de Chile, y fue diseñada con esa intención.

¹ Vuskovic, Sergio, *Un viaje muy particular*, 2000, p. 43.

Adelanto una primera afirmación: la tortura es el ejercicio de desescribir un nosotros, de desgarrarlo, quebrar el “cuerpo general, cuerpo común”.² La tortura³, junto a los otros modos de “violación” de la Dictadura, fue el físico momento de “extirpación del cáncer” de nuestros cuerpos.

Distinguiré dos momentos en este desgarrar del nosotros; por una parte, el diseño, la matriz de la borradura, y por otra, su articulación vinculante anclada en la lógica del desprecio.

1. La matriz: Naomi Klein trabaja con detalle este diseño a partir del estudio realizado por neuropsiquiatras de USA en los años 50, uno de ellos, Ewen Cameron, lo expresa en la siguiente fórmula: “Sus mentes son como tablas rasas sobre las que nosotros podemos escribir”.⁴ De esta frase sale el título del presente texto, aunque con un desplazamiento corporal; pues es en la tortura que el cuerpo queda convertido en una tabla rasa, una verdadera página en blanco sobre la cual se pueda escribir el diseño desde cero, y se pueda implementar un sistema perfecto.

A principios de los años cincuenta, nos cuenta Naomi Klein, Ewen Cameron había ido desplazando la terapia clásica freudiana de conversación con los pacientes, que intentaba la cura a través de la búsqueda en la historia personal de las causas de las enfermedades, para ir introduciendo un sistema más radical de cambio:

² Ibidem, p. 14.

³ Uso aquí la metáfora de Cecilia Sánchez en *Escenas del cuerpo escindido*, Santiago: Ed. Arcis, 2005, pp. 37-61.

⁴ Klein, Naomi, *La doctrina del Shock, el auge del capitalismo del desastre*, Madrid: Ed. Paidós, 2007, p. 49.

⁵ Ibidem, p. 56.

Su ambición era recrear la mente de sus pacientes, en lugar de curarles o arreglar lo que fuera disfuncional, y para ello utilizaba un método de su invención, llamado impulso psíquico. El primer paso consistía en “erradicar las pautas”, cuyo objetivo era asombroso: devolver la mente al estado en que Aristóteles describió como “una tabla vacía sobre la cual aún no hay nada escrito”, una *tabula rasa*. Cameron creía que se podía alcanzar dicho estado atacando el cerebro con todos los elementos que interfirieran en su funcionamiento normal. Todos a la vez. Eran las tácticas militares de “shock y conmoción” desplegadas en el campo de batalla de la mente humana.⁵

El *shock* o parálisis psicológica trabajada por Klein en vinculación directa a los métodos de inserción del neoliberalismo friedmaniano en Latinoamérica es la producción de una experiencia que literalmente hace estallar el mundo familiar del individuo, así como su propia imagen dentro de ese mundo, es justo la borradura. No puedo dejar de recordar aquí la configuración de la modernidad desde su cara colonial como ese gran intento de fundar un nuevo mundo⁶, ese gran ejercicio histórico de blanquear, de borrar todo rastro anterior para la instauración de un mundo completamente otro.

Junto al *shock* Cameron descubre un segundo momento para el cambio absoluto: el aislamiento. Una vez que se completaba el proceso de “eliminación de las pautas” del paciente, y su anterior personalidad había sido satisfactoriamente borrada, el proceso de implantación de conducta podía empezar mediante las celdas de aislamiento, con la pretensión de destruir todo origen de información sensorial. La incomunicación a partir de las celdas es el efectivo desgarro del nosotros, este aislamiento se expandirá también fuera de los campos, es una incomunicación grabada en los cuerpos. Sergio Vuskovic, aludiendo a sus marcas a partir del aislamiento en los campos de concentración, una vez de regreso a la vida cotidiana nos relata que

los códigos de la cultura común se ven como carentes de contenidos renovadores y de posibilidades de comprensión del otro y constatas que no hay un código de comunicación sensata con el otro y aunque haya un lenguaje descriptivo común, se escucha como vacío. De aquí surge la incomunicación real con el otro, incomunicación más grave que la que sentías en el campo de concentración.⁷

Las celdas de aislamiento están pensadas para forzar la completa pérdida de los sentidos, hasta no saber donde se está ni quién se es.

⁶ La idea de Nuevo Mundo y su implementación es trabajada, por ejemplo, con mucho detalle en toda la primera parte del libro de José Santos, *Conflicto de representaciones*, Santiago: FCE, 2010.

⁷ Vuskovic, op. cit., p. 63.

Cuando Cameron se dio cuenta de que algunos pacientes conseguían saber la hora que era gracias a las comidas diarias, ordenó a la cocina del centro que mezclara los platos y las horas [...] Para cualquier persona que esté familiarizada con los testimonios de gente que ha sobrevivido a la tortura. Cuando se pregunta a los prisioneros cómo pudieron sobrevivir durante meses o incluso años de aislamiento, a menudo hablan de cómo oían el lejano tañido de las campanas de una iglesia, o las risas de los niños jugando en un parque cercano. Cuando la vida se reduce a las cuatro paredes de una celda, el ritmo de los sonidos del exterior es una especie de cuerda salvavidas, la prueba de que el prisionero aún es humano, de que existe un mundo más allá de la tortura.⁸

2. Pero esta matriz de la borradura sólo funciona si ella se engancha, se vincula, se articula en una lógica del desprecio. Aquí el desprecio es como el lubricante de la máquina, pues hace posible vincular las piezas, desprecio que articula una matriz, se trata literalmente de un logos despreciante y configurador de mundo.

El desprecio no es la ira, pues ella es una reacción del que sufre un desprecio que se siente como injustificado. La ira, como lo afirma Aristóteles en la *Retórica*, es un “deseo triste de dar un castigo manifiesto por un desprecio no merecido”.⁹ El desprecio más bien excluye a la ira y se caracteriza por un “no sentir”.¹⁰ De hecho, Aristóteles nos dice que a los inferiores no les corresponde despreciar, lo que causa más ira en ellos, porque no son tenidos en ninguna estimación. El desprecio también excluye el miedo, o más bien al revés, “porque nadie que teme desprecia”.¹¹

Podríamos decir que las lógicas del desprecio operan como un modo de construcción de identidad, soy lo que soy justamente a partir de que el otro no sea otro. Marie France Irigoyen lo ve claramente en su análisis del narciso perverso¹²; la figura de narciso es muy decidora, porque en la lógica perversa no hay NINGÚN otro, no sólo el enemigo es despreciado, sino también el aliado momentáneo, como dice Dorfman respecto a Pinochet que se dedicó a eliminar y subordinar a cada rival y también a sus aliados, allí

⁸ Klein, Naomi. op. cit., p. 64.

⁹ Aristóteles, *Retórica*, Madrid: Ed. CEPC, 1999, p. 96.

¹⁰ *Ibidem*, p. 100.

¹¹ *Ibidem*, p. 101.

¹² Irigoyen, Marie France, *Acoso moral, el maltrato psicológico en la vida cotidiana*, Barcelona: Ed. Paidós, 1999.

no hay otro, menos aún una lógica del reconocimiento. Curiosa construcción de mundo a partir del desapego absoluto.

Paz Rojas Baeza, neuropsiquiatra chilena, consejera de la Asociación contra la Tortura, quien trabajó desde el mismo 1973 en atención a personas afectadas por violaciones de Derechos Humanos, realiza en su libro *La interminable ausencia. Estudio médico, psicológico y político de la desaparición forzada de personas*, una propuesta de cuatro perfiles de lo que ella denomina “la agresión humana”, poniendo las figuras de Pinochet, Manuel Contreras, Pedro Espinoza y Marcelo Moren en cada perfil. A partir de ello critica la caracterización del mal realizada por Hanna Arendt como banalidad, tanto por ser incompleta –pues “no aborda la cuestión de los asesinatos directos, sino sólo señala el comportamiento de un hombre en el proceso y requiere ser completado con otras figuras de ejecutores”¹³–, como, y sobre todo, porque “ahí donde los hechos nos sobrepasan en extremo uno no tiene derecho a hablar de banalidad, el mal está ahí, no hay banalidad. Hanna Arendt no conocía a ese hombre, que veía en una caja de vidrio”.¹⁴ No pretendo aquí hacer un juicio sobre esta afirmación, pues requiere ser investigada con detenimiento, pero al menos dejo su palabra para plantear un problema.

Pienso que lo que aquí denomino lógicas del desprecio, también deben ser pensadas desde un nosotros, no sólo como “caracteres psicológicos de ciertos individuos en determinadas circunstancias”. Nuestras lógicas afectivas actúan como posibilitantes de la ejecución de determinadas matrices, dicho provocadoramente: se llega a situación de tortura por acumulación de desprecio, por eso funciona la implantación de una matriz que consiste en “vaciar” al otro, de neutralizarlo, de dejarlo sin relieve, sin textura, sin texto.

En este sentido, nuestra fractura de los cuerpos no es, sin más, subsumible a un concepto general de totalitarismo, aquí ha habido y hay otros trazos singulares; nuestro desprecio histórico toma su fuerza de muchos afluentes, como los trazos coloniales

¹³ Rojas, Paz, *La interminable ausencia. Estudio médico, psicológico y político de la desaparición forzada de personas*, Santiago: LOM, 2009, p. 145.

¹⁴ Ídem.

interiorizados que permiten y acogen el implante de la matriz. Enganchamos con la lógica totalitaria desde nuestro colonialismo interno, nuestro propio desprecio. Armand Mattelart, en su documental sobre el Golpe Militar chileno, lo dice de otro modo: “toda la motivación política de esta clase está ahí: ejercer el poder es vivir como los europeos más privilegiados o los estadounidenses, sólo a ese precio aceptan ser chilenos”.¹⁵ El desprecio acumulado es el que construye las condiciones y posibilita la situación de tortura.

¿Cómo nos vinculamos a este desprecio? Escuchamos otra vez las palabras de Sergio Vuskovic “los copihues humanos que están ahí, obstinados, en su decisión de seguir siendo libres como el surazo, en una ancha tierra (...) eterna obstinación en la lucha por la libertad”.¹⁶ Este texto quiere tomar ese gesto, como un texto-obstinación, como resistencia a las lógicas del desprecio que desgarran y fracturan nuestros cuerpos, escisión de los cuerpos quebrados como borradura de un sentido, como rotura de la integridad de un yo, de un nosotros. Un paso en esa dirección es lo que Lorena González llama la “politización de la afectividad, como una provocación que rearticule las prácticas creativas y emancipadoras”.¹⁷

Nancy nos dice que “sabemos muy exactamente hasta dónde hay permiso para tocar, aunque sea sólo la mano de otro, por no decir el resto del cuerpo, y hasta dónde y cómo es lícito abrazar, apretar, acariciar”.¹⁸ Reformulo sus palabras desde nuestros heridos ¿con qué tono sabemos exactamente hasta dónde hay permiso para tocar, aunque sea sólo la mano de otro, por no decir el resto del cuerpo, y hasta dónde y cómo es lícito abrazar, apretar, acariciar?

¹⁵ Mattelart, Armand, *La spirale*, https://www.youtube.com/watch?v=vL_5v-AX-hsA min. 2:14:37

¹⁶ Vuskovic, op. cit., p. 33.

¹⁷ González, Lorena, “Afectividades, desobediencias, rebeldías y emergencias” (inédito).

¹⁸ Nancy, Jean-Luc, *Archivida*, Traducción de Valentina Buló y Marie Bardet, Buenos Aires: Ed. Quadrata, 2013, en prensa.

Bibliografía

Aristóteles, *Retórica*, Madrid: Ed. CEPC, 1999.

González, Lorena, "Afectividades, desobediencias, rebeldías y emergencias" (inédito).

Irigoyen, Marie France, *Acoso moral, el maltrato psicológico en la vida cotidiana*, Barcelona: Ed. Paidós, 1999.

Klein, Naomi, *La doctrina del Shock, el auge del capitalismo del desastre*, Madrid: Ed. Paidós, 2007.

Nancy, Jean-Luc, *Archivada*, Traducción de Valentina Bulo y Marie Bardet, Buenos Aires: Ed. Quadrata, 2013.

Rojas, Paz, *La interminable ausencia. Estudio médico, psicológico y político de la desaparición forzada de personas*, Santiago: LOM, 2009.

Sánchez, Cecilia, *Escenas del cuerpo escindido*, Santiago: Ed. Arcis, 2005.

Santos Herceg, José, *Conflicto de representaciones*, Santiago: FCE, 2010.

Vuskovic, Sergio, *Un viaje muy particular*, Santiago de Chile, 2000.